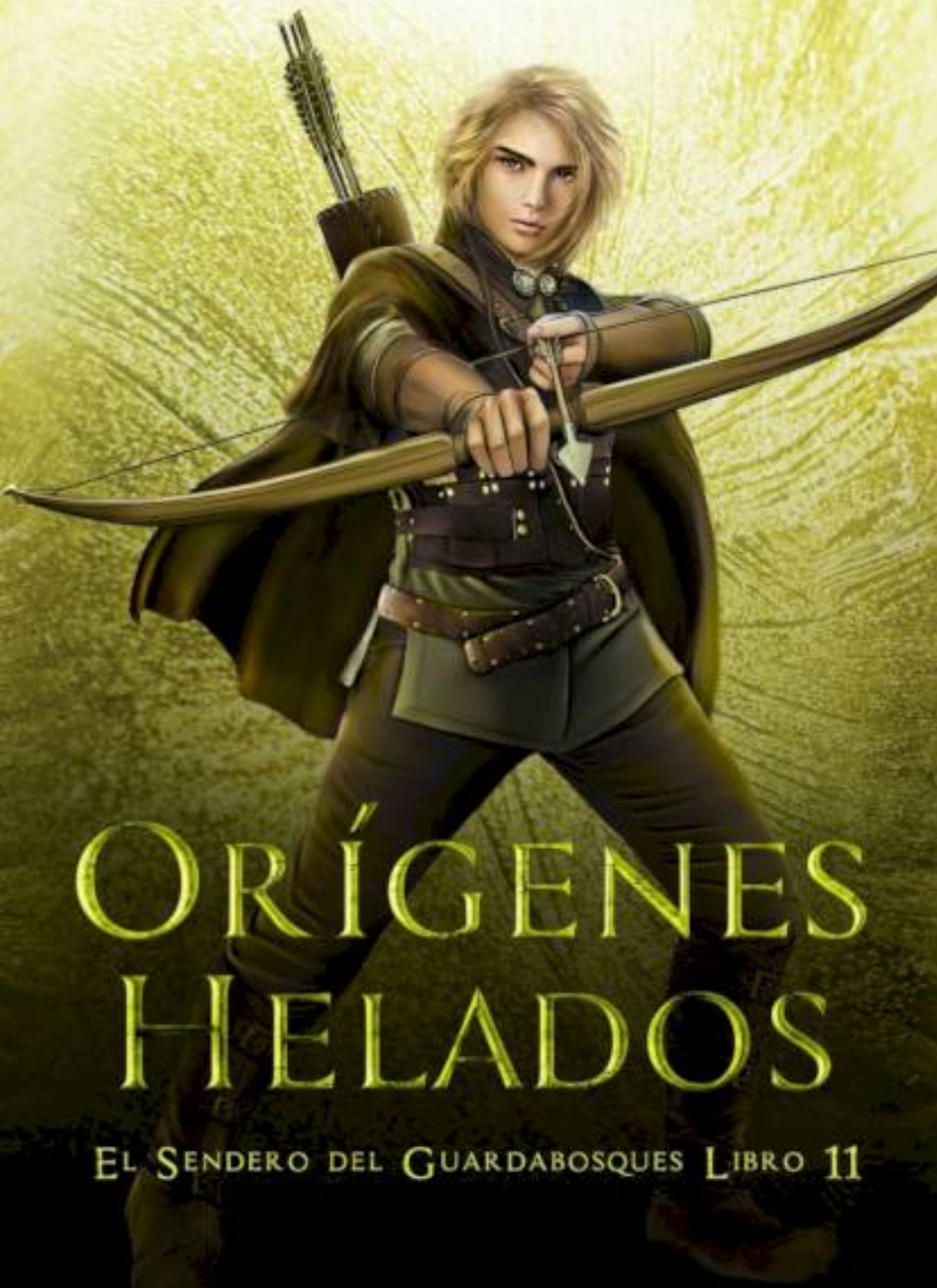


PEDRO URVI



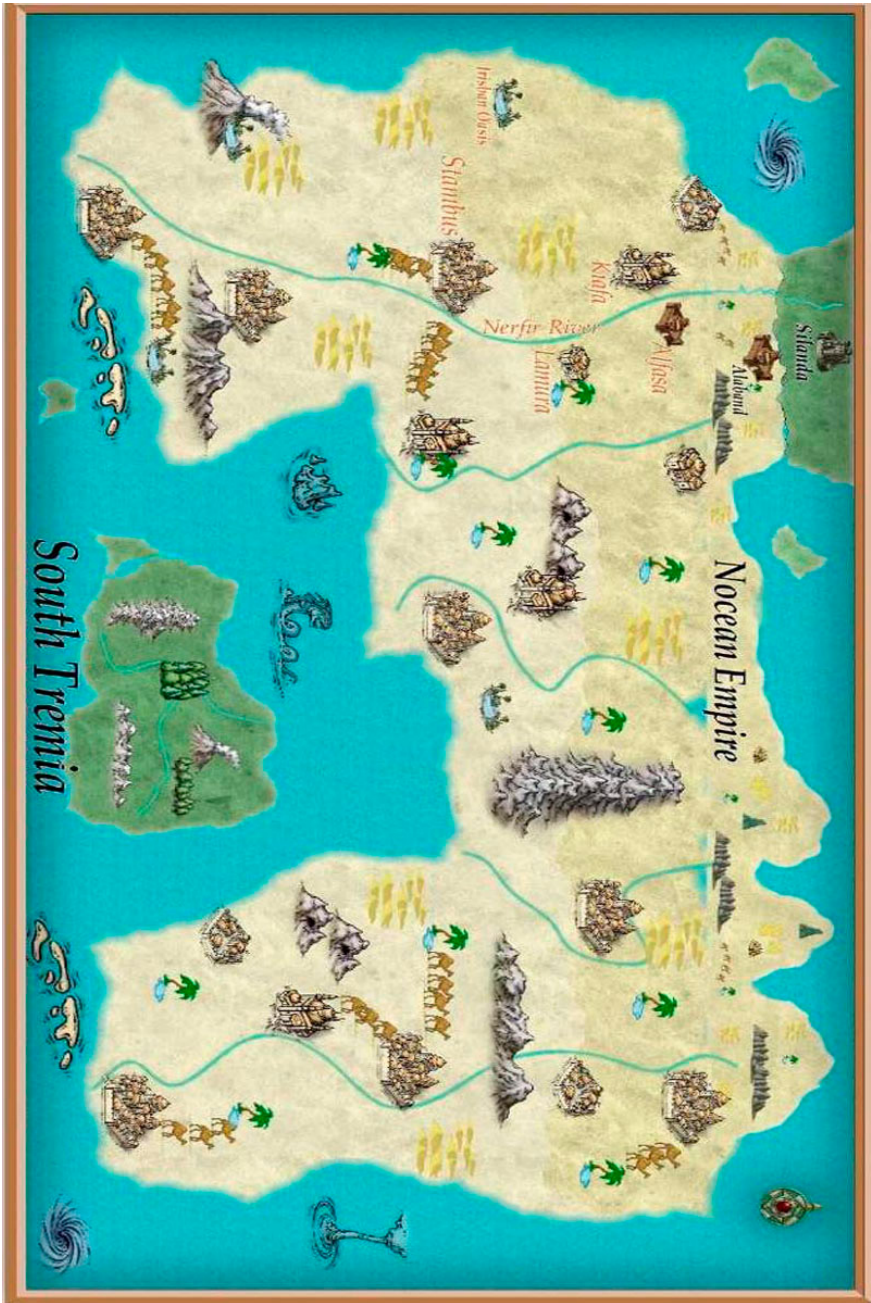
ORÍGENES HELADOS

EL SENDERO DEL GUARDABOSQUES LIBRO 11

Las Panteras tendrá que afrontar una misión que no esperaban, una llena de peligros y misterios en un lugar al que no desean ir. Allí descubrirán una terrible amenaza y misterios enterrados en el hielo por el paso del tiempo.

Esta serie está dedicada a mi gran amigo
Guiller. Gracias por toda la ayuda y el apoyo
incondicional desde el principio cuando sólo
era un sueño.





Capítulo 1

La taberna estaba abarrotada aquella noche. El tabernero, un hombre enorme de pocos amigos, gritaba a uno de los clientes que, apoyado sobre la barra del bar, le discutía sobre la bebida gesticulando airadamente. La discusión se estaba decantando del lado del más grande de los dos que había sacado una porra grande con la que amenazaba al parroquiano descontento.

La Taberna del Mercader Honrado no hacía precisamente justicia a su nombre. Era punto de reunión de ladrones, piratas, mercaderes corruptos, jugadores, apostadores y todo tipo de personajes poco recomendables de las zonas bajas de la ciudad de Copenhagen, la urbe más grande en la costa oeste de Norghana y de las más importantes en cuanto a habitantes y comercio de todo el reino.

Los gritos, peleas y ajustes de cuentas eran habituales en aquel local. El propietario era un siniestro mercader y contrabandista que nunca se dejaba ver por allí. Tenía empleados a media docena de matones armados de muy mala reputación que vigilaban en el interior del establecimiento y se encargaban de mantener el orden y silenciar cualquier altercado. Y su especialidad era hacerlo por las malas.

La puerta del local de ocio se abrió y dos figuras envueltas en sus capas con capucha entraron dejando la puerta abierta tras ellas. Los presentes detuvieron por un momento lo que estaban haciendo para ojear a los recién llegados. Las partidas de cartas y dados se congelaron en

el tiempo por un instante, al igual que los brindis con jarras de cerveza entre carcajadas, las discusiones en las mesas y en la barra, y la degustación de pollo muy seco y filetes tiesos como suelas de zapato. Todo quedó en suspense mientras observaban a los dos extraños que acaban de llegar.

–¡Cerrad esa puerta! –les dijo uno de los matones de malas maneras.

La actividad se reanudó de inmediato en la taberna.

–Es mejor mantenerla abierta –dijo una de las dos figuras con voz femenina.

–Te he dicho que cierres la puerta. Lo que pasa aquí dentro, se entierra aquí dentro –contestó el matón llevándose la mano a una porra con cabeza de pinchos que colgaba de su cintura. Era enorme, con pelo y barba rubias, muy desaliñadas y sucias. Su ropa apestaba a sudor rancio y se le olía a varios pasos de distancia.

–En breves momentos va a ocurrir una pequeña estampida –dijo la segunda figura encapuchada. Era una voz masculina y hablaba con tono de advertencia.

–¡Lo que va a ocurrir es que os voy a abrir la cabeza! –les amenazó el fornido matón y le hizo un gesto a otro de sus compañeros para que se acercara.

La figura de la voz femenina echó la capucha atrás y dejó al descubierto su rostro.

–Te aconsejo que no lo intentes –advirtió Ingrid al matón.

–¡Vaya, si es una monada nórdica! –dijo el matón riéndose con una carcajada que sonaba a una mezcla sórdida y lasciva.

–¡Y preciosa que es! –dijo el otro matón que era tan grande y feo como su compañero, si no algo más. Este tenía el pelo castaño y barba del mismo color. También apestaba. La limpieza brillaba por su ausencia en los matones, y en el local, por lo que se veía y olía.

–Mantened una distancia prudencial –les aconsejó Ingrid estirando el brazo y deteniendo el avance del gigante.

–¿Qué le pasa a esta mariposilla, se ha perdido? –le preguntó el matón rubio al otro.

–Eso parece. Será mejor que le demos un poco de cariño para que no se sienta fuera de lugar –respondió el castaño.

–Eso sería una muy mala idea –les dijo la otra figura, la masculina, con tono de advertencia.

–¿Y ese quién es? ¿Tu novio?

La figura se quitó la capucha descubriendo su rostro.

–De hecho, ese es precisamente quien soy: su novio –dijo Viggo con una gran sonrisa triunfal.

Ingrid puso los ojos en blanco, pero no lo desmintió.

–No me lo creo. Tú eres muy poca cosa para ser novio de esta belleza de las montañas nevadas –dijo el matón rubio.

Viggo asintió.

–No te falta razón. La vida está llena de incongruencias que no tienen sentido, como que tú seas un matón con alma de poeta.

–¡Yo no soy ningún maldito poeta! –le corrigió el matón y le mostró la porra empuñándola de forma amenazante.

–Seguro que tampoco sabes qué significa incongruente, no pasa nada, yo tampoco. De tanto estar con mi amigo Egil, un sabiondo sabelotodo, se me ha pegado.

–¡Sí sé lo que significa! –rebató molesto el matón y se quedó pensativo un momento con la mirada perdida.

–¿Seguro que lo sabes? No te veo muy convencido...

–Significa... que...

–¿Que es casualidad? –respondió el matón castaño.

–Casi, pero no... –dijo Viggo negando con la cabeza y con cara de estar decepcionado.

–¡Da igual lo que signifique! –gritó muy molesto el matón rubio, que no había conseguido descifrar que significaba la palabra.

Ingrid suspiró profundamente y negó con la cabeza.

–¿Has terminado de hacer tonterías? –le preguntó a Viggo con una mirada de reproche.

Viggo sonrió a Ingrid encandilador.

–Sí, mi preciosa.

Ingrid se puso roja, mitad rabia, mitad por el piropo de Viggo.

–¿Cómo habré ofendido a los Dioses de Hielo para que me hayan castigado de esta manera tan insufrible? –masculló entre dientes.

–No me gustáis. Tenéis pinta de problemáticos –dijo el matón rubio señalándoles con la porra.

–¿Nosotros? Pero si somos de lo más amorosos –le aseguró Viggo con cara de no haber roto nunca un plato.

–Estáis en el local equivocado. Largaos –les dijo el otro matón.

–Para nada. Este es precisamente el lugar donde tenemos que estar –le aseguró Viggo.

–¡No lo vamos a repetir! ¡Largaos! –insistió el matón.

Ingrid miró fijamente al matón que les amenazaba con la porra.

–Estamos aquí por un asunto oficial. Estoy segura de que no quieres interferir en una misión encargada por el Rey Thoran.

Los dos matones se miraron. Aquello había llamado su atención.

–No sois de la Guardia de la ciudad –les dijo el matón castaño observando cómo vestían.

–Somos Guardabosques en misión oficial –dijo Ingrid con tono de autoridad.

–Los Guardabosques no pueden entrar en esta taberna –dijo el matón rubio.

–¿Y por qué no? –quiso saber Ingrid.

–Porque no nos gustan nada los sucios Guardabosques –contestó el otro, que sacó también su porra, esta con una cabeza grande y maciza de madera.

Viggo soltó una carcajada, se llevó dos dedos a la nariz y luego señaló a los dos matones.

–¿Sucios? –preguntó Ingrid ofendida ignorando la gracia de Viggo.

–Sí, sucios. Estáis todo el día por montes y bosques y luego venís a la ciudad a husmear en asuntos que no os importan.

–Si husmeamos será porque son asuntos ilegales –respondió Ingrid con mirada desafiante.

–Aquí no hay nada ilegal y vosotros dos no podéis entrar –le respondió el matón.

–No nos puedes negar la entrada. Somos Guardabosques y podemos ir donde necesitemos en todo el reino –le dijo Ingrid.

–Aquí no –negó el matón.

–¿Me vas a obligar a tumbarte? –le dijo Ingrid entrecebrando los ojos.

–Inténtalo, rubita, y te aplasto esa preciosa cabecita tuya.

–Uy... no deberías haberla llamado rubita... –dijo Viggo negando con la cabeza—. Se va a enfadar...

–Rubita y guapita –dijo él con voz sórdida.

Ingrid dio un paso adelante y le soltó un derechazo directo a la nariz. Se escuchó un *crac* y el matón dio un paso atrás.

–¡Mi nariz! ¡Me ha roto la nariz! –exclamó palpándose-la—. ¡Te voy a matar!

–Bueno, tampoco hay que exagerar, que no se ha perdido tanto... guapo precisamente no es que fueras... –dijo Viggo tan tranquilo.

El matón intentó golpear a Ingrid en la cabeza con la porra. Su compañero siguió su iniciativa y atacó a Viggo. Ingrid midió el ataque del gigantón que, si bien era brutal

en cuanto a potencia, era muy torpe en cuanto a ejecución. Se apartó a un lado. La porra descendió hacia el suelo y falló por completo. Antes de que pudiera levantarla para intentar otro golpe, Ingrid le dio una tremenda patada en la entrepierna. El matón se dobló de dolor y cayó de rodillas al suelo con cara de enorme sufrimiento.

Viggo desvió la porra del otro matón con un movimiento defensivo a gran velocidad de sus dos cuchillos. Cuando el matón intentó volver a golpear, Viggo se movió hacia él con enorme rapidez y le dio un tremendo golpe en la nuez con el puño derecho. El matón comenzó a atragantarse sin poder respirar y se llevó las manos a la garganta. Viggo continuó el ataque y le golpeó en la sien con la empuñadura de su cuchillo en un movimiento circular. El matón quedó totalmente aturdido, perdió el equilibrio y cayó de rodillas mientras luchaba por respirar.

Ingrid soltó un tremendo rodillazo al matón arrodillado frente a ella y este quedó tendido en el suelo sin sentido.

–Ya te dije que se iba a enfadar... –le dijo Viggo.

–¿Quieres encargarte de ese? –le dijo Ingrid señalando al matón arrodillado junto a Viggo.

–¿Este? Pero si es inofensivo...

–No estamos aquí para jugar.

–Está bien... no me dejas disfrutar nunca –Viggo le dio otro golpe en la sien y se fue al suelo de costado quedando inconsciente.

El resto de los matones y clientes del establecimiento habían presenciado lo ocurrido y comenzó el movimiento. Cuchillos, garrotes, hachas cortas y garfios comenzaron a aparecer en las manos de sus dueños.

–Parece que esto se pone divertido –le dijo Viggo a Ingrid con una de sus sonrisas de que se lo iba a pasar en grande.

–¡Quietos todos! –gritó Ingrid con autoridad.

Todo el mundo se quedó observándola por un instante. De debajo de su camisa, Ingrid sacó el medallón de

Guardabosques y lo mostró.

–¡Somos Guardabosques! ¡Estamos aquí en misión del Rey! –anunció.

–Aquí no hay nada que os interese –les dijo el tabernero.

–Eso lo decidiremos nosotros –respondió Viggo.

Los matones miraban al tabernero esperando una orden para intervenir. Varios clientes de muy mal aspecto y que ya empuñaban armas los observaban también con ojos de odio. No parecía que los Guardabosques cayeran bien.

–¡Somos las Águilas Reales! ¡Estamos en misión de búsqueda de Guardabosques Oscuros! –anunció Ingrid.

–¡A mí qué me importa! ¡Como si eres el propio Thoran! –rio uno de los clientes armados.

–¡Te vamos a dejar esa carita bonita irreconocible! –le dijo otro.

–¡Asquerosos Guardabosques! –gritó otro maleante.

Viggo se acercó más a Ingrid.

–Preciosa, parece que en este local no nos quieren mucho –dijo por lo bajo.

–Ya me doy cuenta. Aquí está lo mejor de los barrios bajos de esta y varias ciudades.

Dieron un paso hacia delante. La mitad de los clientes estaban de pie con armas en las manos y la otra mitad observaba en silencio con miradas hoscas.

–Los que quieran salir de aquí y que no sean Guardabosques Oscuros, pueden hacerlo –les dijo Ingrid señalando con el pulgar la puerta abierta a su espalda.

–Los que quieran pelea, aquí estamos –dijo Viggo abriendo los brazos y mostrando sus cuchillos, invitándolos a luchar.

Hubo un momento de silencio, de duda. De pronto, un tercio del local salió en estampida hacia la puerta abierta. Otro tercio se dirigió hacia la parte posterior de la taberna. El último tercio se abalanzó contra Ingrid y Viggo.

–¡Esto va a ser de lo más divertido! –dijo Viggo mientras desviaba la porra de uno de los matones y le soltaba una fuerte patada a la rodilla, que se partió con un ruido horrible.

–No los mates, hay que interrogarlos –dijo Ingrid que con cuchillo en una mano y hacha corta en la otra se defendía de dos pendencieros de muy mala presencia.

Los que escapaban por la puerta abierta salieron esperando encontrarse con algún otro Guardabosques. Se equivocaron. La parte anterior de la taberna y la calle que subía estaban desiertas, no había ni un alma a la vista. Los primeros seis comenzaron a correr y bajo sus pies se escucharon varios *clics*. Un momento más tarde varias trampas de hielo estallaban congelando las extremidades inferiores de quienes huían, que caían al suelo entre maldiciones y gritos de rabia.

Los que salieron tras ellos los esquivaron e intentaron huir calle arriba, pues al otro extremo estaba el muelle y terminarían en el agua. Según corrían se escucharon más *clics* y esta vez del suelo surgieron propulsadas hacia los cielos grandes redes similares a la de los pescadores, pero untadas con una sustancia melosa muy pegajosa. Se vieron apresados por las redes y cayeron al suelo. Cuanto más intentaban quitarse de encima las redes, más se enrollaban en ellas y más se untaban con la sustancia, que hacía imposible desembarazarse de ellas.

El último grupo que abandonó la taberna al ver a todo el mundo tumbado en el suelo calle arriba, se giraron y corrieron calle abajo, hacia el muelle. Corrían como si les persiguieran lobos hambrientos. Cuando estaban a punto de llegar al muelle, el que corría en cabeza tropezó con una cuerda atada de lado a lado de la calle y pintada de negro. Se fue de bruces al suelo. Los otros intentaron esquivarla saltando sobre ella. Corrieron un poco más y se encontraron con otra cuerda que los golpeó a la altura de la cabeza tumbando a varios de espaldas. Los que queda-

ban en pie intentaron huir mientras sus compañeros intentaban levantarse. Se encontraron con dos Guardabosques armados con arcos esperándolos al final de la calle con el mar a sus espaldas.

—¡Quietos ahí si no queréis recibir una flecha! —avisó Gerd.

A pesar de la advertencia, varios intentaron esquivarlos a la carrera. Dos flechas alcanzaron a los dos primeros. Las flechas eran de Tierra y estallaron cegando y aturdiendo a los que intentaban huir.

—No lo intentéis... —les aconsejó Nilsa, que apuntaba junto a Gerd.

Cuatro más desobedecieron el consejo y huyeron: dos de vuelta hacia la taberna y dos hacia el agua. Gerd se encargó de derribar a los dos que intentaban llegar al agua y Nilsa se encargó de los otros dos con dos tiros certeros.

En el interior de la taberna Viggo derribaba matones y maleantes con maestría. Se desplazaba con gran rapidez, precisión y equilibrio. Esquivaba y contratacaba con una habilidad impresionante. Los contrincantes caían al suelo sin sentido o en terrible sufrimiento en menos de un pestañeo. Se lo estaba pasando en grande con toda aquella actividad.

Ingrid no tenía ni la rapidez ni la destreza de Viggo en el cuerpo a cuerpo, pero se defendía como una leona. Los golpes que soltaba eran duros y precisos. Cada vez que acertaba, un rival caía seco al suelo. Debía tener cuidado de no herirlos seriamente, y por ello le costaba un poco más derrotarlos, pero ninguno de aquellos malandrines tenía la habilidad necesaria para vencerla. No eran más que ratas de cloaca con dientes y uñas afiladas. Un cuchillo le hizo un corte en el muslo e Ingrid soltó una patada al pecho del atacante que lo tumbó de espaldas al tropezar con otro canalla ya en el suelo. Antes de que pudiera levantarse, Viggo lo había dejado sin sentido de un rodillazo en la cara.

–Me encanta esta cita. Tenemos que hacer esto más a menudo –le dijo Viggo a Ingrid, que noqueaba a un larguirucho con dos cuchillos de un golpe circular en la cabeza con la parte plana de su hacha.

Ella le devolvió una mirada.

–¿Quieres tomarte esto en serio?

–Me lo tomo en serio. Solo digo que me encanta y que tenemos que hacerlo más a menudo.

–Esto no es una cita –le dijo Ingrid que bloqueó un chuchillo con el suyo y soltó otra patada a la pierna de apoyo del atacante, que se desequilibró. Lo remató con un golpe cruzado de izquierdas con el puño con el que agarraba el cuchillo.

–Claro que es una cita, una cita perfecta –dijo Viggo deslizándose a un lado y golpeando en la nuca a otro bribón, que cayó sin sentido antes de llegar al suelo.

Ingrid resopló.

–Solo tú llamarías a esto una cita perfecta –dijo tumbando de un izquierdazo al último de los atacantes.

–En el fondo sabes que te encanta –dijo Viggo observando la estancia por si quedaba alguien más de pie que no habían visto–. Un grupo se escapa por la parte trasera –le dijo a Ingrid señalando hacia ellos.

Ingrid asintió. Más de una docena de hombres yacían inconscientes o heridos en el suelo a su alrededor. Sacó una quincena de pañuelos para amordazarlos y otras tantas cuerdas de presa del cinturón de Guardabosques. Eran del tipo que usaban para atar a los prisioneros, pues eran resistentes y difíciles de cortar. Los Guardabosques las trataban con un preparado especial para dificultar que pudieran ser cortadas o rasgadas contra superficies duras.

–Toma –dijo y le lanzó la mitad a Viggo, que las cogió al vuelo con su mano derecha sin soltar su cuchillo.

–¿No quieres que persiga a aquellos?

–No, atemos a todos estos.

–Atar a bobalicones inconscientes es aburrido.